

Mi queridísima y siempre llorosa Josefina: Ayer he recibido tu carta alegre, tu mejor carta, porque en ella te hallo de mejor carácter que en las otras. Unicamente me ha dejado caballos era terrible que me dices del traslado de tu padre, ¡no os toca a vosotros por mala muerte. No quiera Dios que eso sea así: no quiero. De todos modos, si sucediere como nosotros no queremos, no por eso dejarnos de quererte menos como tú maliciosamente te figuras. Si te quiero más desde que estoy aquí en Madrid, desde que no te ves, ¿cómo podría ser que te olvidara porque te fueras a otro lugar? Allí te reguena yo, allí me iba detrás de tu sombra, de tus ojos, de tu voz. Es imposible que creas las cosas que me dices. ¿Iba yo a consentir que se encargase de ti la tumba, como me escribir trágicamente, como una novia de melodrama? No. No. NO. NO y NO. No quiero, mi morenica guapa, que pienses y digas esas cosas tan tristes. No hago más que repeterte en cada carta lo mismo. Y tú no haces más que repetírmelas en cada carta tristemente. ¿Por qué, mi nena? ¿No ves que te perjudicas mucho; que te mortificas por